

La Audina del Plata

PUBLICACION LITERARIA

DIRECCION Y ADMINISTRACION

EN SU IMPRENTA

CALLE SANTIAGO DEL ESTERO, 176.

APARECE LOS DOMINGOS.

PRECIO DE LA SUSCRICION, 10 \$ AL MES.

FUERA DE LA CIUDAD, 12 \$

SUMARIO.

En el día de difuntos, por Aristides Rojas—*A Maria Luisa* (poesía), por Benigno C. Diaz—*Influencia de la moda en la mujer*, por Aurelia Castillo de Gonzalez—*La condesa Palatina* (poesía), por Ramon Oliver—*La mina de los candeleros*, por J. Joaquin Vallejo—*Fantasia* (poesía), por Domingo D. Martinto—*La hermana de la Caridad* (conclusion)—*De un libro* (traducion), por Arsenio Houssaye—*Revista General*.

En el día de difuntos.

—
ACÁ Y ALLÁ.

Por una vez mas me encuentro delante de tí, ciudad de muertos, tan llena de solemnidad y de recuerdos patéticos. Apareció para tí el sol de Noviembre, y á su presencia abrieron las flores de tus sepulcros y la nube bienhechora, con llanto del cielo, vino á recordar á tus moradores el solemne día.

En presencia de las familias, los espíritus animaron las tumbas y recibieron sonreidos las ofrendas de la amistad y del amor con que la humanidad viviente les recordaba las glorias de lo pasado y aspiraba á los misterios de lo porvenir.

Volvieron á la vida por un instante, pero descendieron de nuevo al sepulcro, porque solo en él reina la paz del espíritu y el reposo del cuerpo: solo en él existe la fraternidad humana y el amor ideal, sin que lo turben la voluptuosidad de los sentidos, las vanidades del corazón.

¡Oh muertos! Asistid unidos á presenciar vuestro día de triunfo, aquel en que la humanidad celebra la emancipacion del alma y corona de flores los restos de la carne. Todos vosotros estais rejuvenecidos, porque habeis entrado en el camino luminoso de la verdad; y el alma humana para acercarse al trono de Dios, debe tener los ensueños del niño y la inocencia de los ángeles.

Venid, porque en este día hay llanto y recuerdos para vosotros, flores que embalsaman vuestro asilo, sonrisas de la naturaleza que os recibe en sus brazos. Venid á escuchar la oracion que en alas de la caridad se eleva al cielo, y sirve de lenguaje entre nosotros que estamos acá, y vosotros que habitais allá.

En este diálogo íntimo, que solo Dios escucha, nada mundano turba vuestro asilo. Sembrásteis el amor, y cosechais el amor. El amor es quién os habla y viene á revelaros lo fe que eterniza los recuerdos, todo la esperanza que vuestra memoria inspira.

Hace un año que se vistieron de gala vuestros sepulcros. ¡Cuántos peregrinos han venido desde entónces á pedir os asilo en vuestra ciudad silenciosa! ¡Cuánta juventud, cuánta belleza tronchada por la segadora implacable! Desaparecieron entre lágrimas y sollozos. Entraron alegres por la puerta coronada de flores; y alegres eligieron su lugar de reposo, que muy en breve debían santificar con sus recuerdos el amor y la amistad.

Ahí está la peregrina de infantiles años que se adormeció en una noche, al aparecer sobre el horizonte los primeros rayos de la luna. Había soñado con los ángeles y estos se la

llevaron. Una corona de rosas blancas cubre su sepulcro.

Ahí está la rosa de otro suelo que visitó nuestras playas en busca de la dicha, y encontró por recompensa la muerte, por patria la tumba. La amistad sincera corona de flores su sepulcro.

Sobre aquella cruz que cubren las efímeras flores de la mañana, yace la beldad que trocó el velo nupcial por la blanca mortaja.

Los dulces recuerdos en esas dos tumbas que guardan los restos de dos ángeles arrebatados al hogar paterno! La buena madre no puede ya nutrirlos con el calor de su seno, pero cultiva las flores que sobre ellos crecen. Una guirnalda une los sepulcros, fraternidad indisoluble de los cuerpos, en tanto que las almas, también hermanadas, siguen su viaje aéreo en pos de los horizontes luminosos.

Ahí estás tú también joven de grandes esperanzas, noble corazón que soñaste con la gloria del espíritu. Rica era la savia que te nutría, y tu inteligencia cual flor de primavera que se abre á los tibios rayos del sol naciente. Tú también sufriste la terrible prueba; grande fué tu martirio y mas grande tu valor. —¿Sueñabiste?—No. Dejaste los arreos del gladiador tenaz y emancipaste tu alma, que aspiraba á los sueños ideales del amor y del espíritu.

Grata tu memoria á mi corazón, gratas á mis ojos las lágrimas de dolor con que tus hermanos humedecen tu sepulcro recién abierto.

—Que las guirnaldas que ellos colocan á tu lado sean para tí un dulce recuerdo del hogar materno.

Aun te diviso, graciosa niña que vienes, llena de fervor y de caridad, á depositar tu ofrenda de flores sobre el sepulcro de tu madre.

¿Conoces la historia de tu madre, graciosa niña? —Era un ángel del deber para quién la vida tenía los encantos del amor y de la caridad. Un día, sin pensarlo, la muerte llamó á su hogar, y Ella, vino á encontrarla, cuando al instante se sintió herida. Pero Ella tenía tres hermanas invisibles que la acompañaban en todos los instantes de la vida.

Cuando débil y sin fuerzas quiso levantarse escuchó la voz de su hermana mayor que le decía: —"Valor, hermana mía, que yo estoy á tu lado." — Era la Fe que apoyada en la cruz,

contemplaba de cerca á la bondadosa madre. Ella se sentó sobre su lecho de dolor, hizo leer una página de la Escritura, y se adormeció luego al arrullo de las músicas infantiles.

Al siguiente día, la muerte, siempre en acecho, asaltó de nuevo á su víctima, y Ella en medio del sufrimiento, iba á desesperar: "No temas, hermana mía, le dice la segunda de sus hermanas, en el naufragio está la salvación." Era la Esperanza que aferrada al áncora contemplaba con ojos melancólicos á la pobre enferma. Ella se incorporó entónces y sonrió al ver los rayos del sol que venían á morir al pié de su lecho. Aquella sorpresa revelaba que su espíritu había divisado la esperanza.

Cuando al otro día, ya exánime, pálida, rosa próxima á deshojarse, Ella siente una mano que toca la suya — "Eres tú, hija mía?" — No, contestó una voz, es tu hermana menor que viene á buscarte y á bendecirte. — Era la Caridad que estaba á su lado y seguía las palpitaciones de su corazón moribundo. Ella se incorpora de nuevo, pide el crucifijo de su devoción, y con una de sus manos lo estrecha contra su seno, mientras con la otra reparte el último óbolo de su caridad. La hermana menor la abraza, reclina en su pecho la cabeza amortecida y sellando sus labios con un ósculo de ternura, abandona el cuerpo y emprende su vuelo.

Así partió Ella, acompañada de sus tres hermanas, la Fé, la Esperanza y la Caridad.

Desde entónces tu madre, preciosa niña, está allá mientras nosotros velamos acá la vida que es la lucha, y la muerte, ésta conquistadora de la carne, siempre acá acechando: allá la paz y la vida eterna, y el espíritu incorruptible sin enemigo que lo asedie.

Acá la duda, el temor y la esperanza, como horizontes que se alejan: allá la verdad, el gozo y la esperanza realizada para siempre.

La vida es un eclipse que principia en la cuna; la muerte no es mas que la plenitud de la sombra; — tras de la hora de tinieblas viene el día inmortal, la luz inextinguible.

Acá el egoísmo, la vanidad, veneno sutil, que devora la vida: acá la fe vacilante, y la memoria que olvida el bien recibido: acá el orgullo de la materia, parodia de la dignidad del alma: acá en fin, la miseria, vendabal de la familia virtuosa.

Allá, el amor ideal, la mansedumbre, que es

virtud, la fe radiante, la memoria de todo lo bueno, la luz sin sombra.

Pero tambien, la caridad, que es el verdadero amor sobre la tierra, la caridad que acerca al hijo á la madre, y á la madre el hijo; la caridad, que es la parte divina del sér, la antorcha á cuya luz desaparecen las tinieblas, y el áncora que salva de todos los naufragios.

Reposad tranquilos, habitantes de la ciudad mortuoria, porque la caridad nos une y nos hace inseparables á nosotros que aguardamos acá de vosotros que gozais allá.

Corto es el camino que nos separa; tarde ó temprano tendremos que atravesarlo. Por fortuna hay en nosotros dos existencias imperecederas: la una que reclama la muerte, la otra que reclama la inmortalidad.

ARÍSTIDES ROJAS.

A María Luisa.

..... el ave saluda con alborozo al primer rayo de sol que atraviesa las nubes borrascosas; el hombre canta á la mujer que lleva á su pecho los primeros destellos del amor: ese arco-iris del alma.

n. c. JOURS.

Cuando el carro veloz del rubio Apolo,
El Oriente de púrpura colora;
Y el misterioso manto de la noche
Se disipa á los rayos de la Aurora;

Cuando despierta el mundo estremecido
Al calor suave de la luz Febéa;
Como despierta el gérmen de la vida
Cuando un soplo creador lo aguijonéa:

Doquiera se halle un sér, allí se eleva
Un cántico de amor, sublime y tierno,
Que en alas de las auras vagarosas
Se levanta hasta el trono del Eterno.

Lanzan sus trinos las canoras aves
En triste y melancólico language,
Uniéndose á sus notas quejumbrosas
Los lánguidos susurros del follage.

Y en ese templo inmenso y á esa hora,
En que saluda á su Creador el mundo,
Su incienso irradian pelbeteros suaves
Que el suelo ostenta en su poder fecundo.

Y hasta las puras gotas de rocío,
Sobre el tapiz de flores reclinadas,
Se elevan á los cielos, cuando Febé
Las envuelve en la luz de sus miradas.

¿Porqué cuando á la pura luz del alba,
El chal de negra noche se levanta,
Con voz gigante el Universo entero,
Un himno al Dios que lo ilumina canta?

¿Porqué exhalan las flores su perfume,
Y trina el ave entre la selva umbría?
Porque al huir las tinieblas pavorosas
Dáles el sol la dicha y la alegría.

Mas de ese sol la luz vivificante,
No alumbraba á mi espíritu abatido,
Como no alumbraba al caos tenebroso
En espantosa niebla sumergido.

Por todas partes sombras.....Cada hora
Se llevaba un jiron de mi esperanza,
Como cada suspiro de las brisas
Arrebata una nube en lontananza...

Sin un rayo de luz que me guiase,
Caminaba al azar entre martirios;
Si algun ténue fulgor hirió mi frente,
Fué con la triste lumbre de los cirios!

Pero en los pechos jóvenes y puros,
Hay lenitivo á todos los dolores;
Y devolióle al mio la alegría
El ángel de la paz y los amores.

Y como mira al faro que lo guía,
Al puerto de bonanza, el navegante,
Miré en el fondo de mi oscuro cielo
Cruzar ligera, exhalacion brillante.

Y pasó la borrasca.... Y esa sombra
Que el fulgor me ocultaba de un momento,
Fué á esconderse de mi alma al horizonte
Al viento rúido del amor primero!

¡Ay! ¿qué era mi alma? luctuoso velo
De tristeza y de muerte la envolvía;
Tú eres la Aurora que llevaste á ella,
Foco intenso de luz ¡bella María!

Desde entónces te sigo, por la senda
Con guirnalda de flores alfombrada,
Porque mi alma á la tuya se encañona
Con la luz virginal de tu mirada!

Deja que llegue hasta tu excelso cielo
Este canto de amor del alma mía.

Que al salir de la noche, como el ave,
Debo cantar al sol que me dá el día.

No es mi lira, la lira delicada
Que armonias dulcísimas derrama;
Pero es el eco del amor intenso
De un corazón ardiente que te ama!

Porque por tí mis días se deslizan
Como el agua que corre en la pradera,
Que vá por entre flores suspirando
Al beso de la tibia Primavera.

Porque eres cual la estrella protectora
Que encamina al viajero en el desierto;
Como esa luz que entre las densas sombras
Lleva al marino hasta el seguro puerto.

Será tu nombre, el nombre que pronuncie
En el último instante que me aliente,
Porque tuya es la imagen que grabada
Llevo en mi corazón perennemente!

Tú eres el ángel de mis castos sueños;
La fija antorcha de mi errante vida;
La luz celeste que al bañar mi alma
Volviera á ella la ilusión perdida.

Tú eres la flor, y mi alma mariposa
Que en derredor de tí, tiende su vuelo,
Y que en las alas de su amor sublime
Quiere llevarte de la tierra al cielo!

BENIGNO C. DIAZ.

Buenos Aires, 1878.

Influencia de la moda en la mujer.

Fama de vanidosa y de frívola tiene la mujer, y cual si le doliese poco tan desventajado concepto, nada serio hace para borrar de su frente el ridículo estigma, limitándose á protestar entre sonrisas con frases mas ó ménos discretas, que ántes revelan halago que sentimiento.

Á parte de esas causas que justifican esa triste opinion, es una de las principales y la mas evidente por ser la que mas hiere la vista, el carnavalero traje con que en todas las épocas y en todos los países han tratado las mujeres de realzar su belleza, no consiguiendo muchas veces mas que desfigurarla.

Tambien los hombres han vestido grotescamente: tambien han tenido ellos el capricho de

cargarse con inmensos casacones y ostentar chalecos bordados de oro y plata. Los retratos de Luis XIV escitan nuestras sonrisas al ver su enorme y rizada cabellera que le hace parecer un maniquí de peluquero; al paso que los de Luis XV con la coleta á lo chino, lucen plateados bucles en una cabeza que el tiempo no se habia encargado aun de desteñir, ni habia metamorfoseado en un instante el dolor, como sucedió á la desventurada María Antonieta.

Pero el hombre, volviendo en sí, reforma poco á poco su traje, y á medida que le vá haciendo mas sencillo, mas serio, mas digno, mas á propósito para dejar á sus miembros toda la libertad necesaria, la mujer va recargando el suyo y haciéndole tan embarazoso, que ha logrado quitar toda la gracia y no poca dignidad á los movimientos de su cuerpo. Los periódicos de modas han venido en nuestros días á poner el sello á la locura. La imaginacion de los dibujantes es inagotable en enredar volantes, encajes y bullones, de cuyo intrincado laberinto no siempre encuentran el hilo las modistas, saliendo por donde mejor pueden.

¡Y si al ménos consultasen las mujeres sus condiciones personales ántes de adoptar la moda que les presenta el *perfecto* figurin de formas esculturales y preciosa cara! Figurin elástico ademas, porque puede á voluntad aumentar su estatura si el número de volantes lo requiere, alargar al cuello si las sargas de perlas ú otros abalorios han de ser muy abundantes, ó estrechar la cintura destacando mas las caderas si así lo exige la forma *princesa*. Pero son muy pocas las que tienen el heroísmo suficiente para dejar pasar un capricho de la moda sin ostentarlo en el escaparaté ambulante de su persona, como si fuera eso otra cosa que decir: "Ya veis que tengo dinero para comprar esto."

¡Ah, desdichadas! ¿Y teneis todas la considerable fortuna que se necesita para reflejar las innumerables fases de ese magno Proteo que llamais moda? Por el servicio que presta á las ricas y á las desocupadas, que son las menos, proporcionándoles en que emplear el tiempo y el dinero que les sobran y con los cuales no saben que hacer, cuántas lágrimas cuesta á las hijas de la numerosa clase media, que en vano pretenden imitar á aquellas! y cuántas mas á las pobres, que llegan hasta á cercenar su ya modesta mesa y su limitado reposo para sacrificarlo todo al exigente ídolo!

La moda es quizás una de las primeras causas del atraso intelectual en que se halla la mujer, porque ocupada en el profundo estudio del figurín y en su complicada sjecucion, no le queda tiempo que dedicar á la ilustracion de su espíritu, y aquella viene á ser la base de sus mas importantes conversaciones y el manantial fecundo de la indigna murmuracion. Y los padres ven eso, y no solo consenten que sus hijas vayan por tan torcida senda, sino que lo aprueban y lo estimulan, haciéndoles creer que lo principal en ellas es la belleza que ha de conquistarles un marido, y lo accesorio el adquirir conocimientos útiles y sólidos que puedan hacer feliz á ese mismo marido y por consiguiente á ellas. Por eso se ven tantos matrimonios de un día, porque flor de un día es la belleza; y el hombre huye bastiado de una mujer cuya hermosura le es familiar, y cuya estéril inteligencia no puede hacer brotar una ilusion allí donde ha muerto aquella primera que le sedujo.

Pero ¿no cabe al hombre alguna parte de culpa en el desarrollo del funesto vicio que como herencia indestructible vá pasando de madres á hijas? Yo creo que sí, y muy grande. Para agradarle se adorna la mujer, y él, al paso que censura la superfluidad de esta, recibe con ditirámicas frases á la que en el baile se presenta mas recargada con todas las extravagancias de la moda: y apenas tiene una mirada para la modesta y sensata jóven vestida sencilla y cueradamente. Y cuando aquella levanta la frente, orgullosa con el éxito que obtiene y resuelta á no dejarse arrebatar el título de elegante que le discierne el mundo, esta baja la suya tristemente y acaso, principia en ese momento el veneno de la envidia á alterar sus juiciosos pensamientos.

Y no basta, despues de esto, que el hombre tienda en el libro á desterrar la perniciosa influencia de la moda y del lujo, presentando en sus novelas, en sus poemas y leyendas las heroínas, tipos de virtud, adornadas con los atavíos de la inocencia y la pureza, y reservando los fastuosos trajes para aquellas en quienes quiere szotar un vicio. La pobre jóven que se ha visto postergada en sociedad, quizás por el hombre á quien en secreto ama, se reirá amargamente de las poéticas teorías y dejará sus modestas galas para vestir el traje de la corte-

sana, cayendo en la ridícula debilidad de falsificarle, si su publicación no le permite otra cosa.

Luégo las que no están satisfechas de sus caras, tienen interés en que el brillo del aderezo deslumbré los ojos que se dirijan á sus desgraciados rostros, y tratan de crear una belleza ficticia que les de opcion al codiciado título de hermosas. ¡No ponen, en verdad, tanto ahinco en conquistar el de buenas!

Si yo no temiera predicar en desierto, aconsejaría á los padres que enseñasen á sus hijas, sin distincion de semblantes, á considerar la belleza como cosa muy baladí, hablando poco de ella y siempre con indiferencia, pues de la cuna parten todas las inclinaciones que han de influir en nuestro destino. Aconsejaría á los hombres que buscasen la belleza del alma, no á través en unos ojos hermosos, sino en un porte digno, en unas palabras discretas y levantadas y en una conducta que en todo armonizase con estas seductoras apariencias; y por último diría á las jóvenes que desterrasen de sus tocadores todas las mentiras; todo lo superfluo: los cabellos muertos, los colores químicos, los lazos que nada atan, las flores sin perfume, los salvajes pendientes, etc., etc. Un traje liso y oscuro con las proporciones convenientes para dejar á los movimientos toda su graciosa vultura; estableciendo cierta uniformidad, haría que no se concediese al adorno de la persona mas atencion que la exigida por el decoro, y dándose un paso hácia la igualdad social, á que todos debemos tender, se evitarían muchas humillaciones y muchas lágrimas.

Sé muy bien que hoy pierdo el tiempo al dar estos consejos, pero no dudo que mas tarde, cuando la mujer alcance mayor grado de ilustracion; avergonzándose de verse convertida en muñeca, reformará su traje simplificándole y haciéndole mas conforme con la prudencia, con la higiene y con la dignidad.

ANABELLA CASTILLO DE GONZALEZ.

1878.

La condesa Palatina.

(HEINE)

Al triste rayo de luna pálida
En un esquié leve, fugaz,
La Palatina, bella condesa
Del Rbin las aguas surcando vá!

Y mientras rema su fiel doncella
Ella le dice con gran frialdad;—
“¿Ves esos siete yertos cadáveres
“Que á nuestra barca siguiendo van?”

“¡Tristes en las noches es ver los muertos.
“Sobre las aguas lentos bogar!

“Fueron un tiempo bellos manechos
“Llenos de vida, dicha y placer,
“Y entre mis brazos ay! se arrojaron
“Y me juraron eterna fe.

“Y yo queriendo que el juramento
“No lo pudiera romper jamás,
“Mandé que al punto los arrojaran
“Á las sombrías olas del mar!

“¡Triste en las noches es ver los muertos.
“Sobre las aguas lentos vogar!”

Y la doncella sigue remando,
Y la condesa sin corazón,
Lanza una fria, cruel carcajada
Que allá en los montes repercutió.

Y los flotantes yertos cadáveres
Sacando el cuerpo fuera del mar,
Guiñan sus tristes, vidriosos ojos
Y alzan la mano como á jurar.

¡Triste en las noches es ver los muertos
Sobre las aguas lentos bogar!

RAMON OLIVER.

Setiembre, 1878.

La mina de los candeleros.

Cada tesoro escondido en las entrañas de la tierra tiene su dueño; y este dueño, por lo regular, en un genio que lo defiende, vigila sobre él, lo esconde, unas veces bajo la forma de un huanaco, otras tomando la de un enorme zorro, y no pocas la figura del buitre, señor de

los aires. Infinitos mineros, por poco que hayan andado cateando en las solitarias serranías de *Chanchoquin*, *Punta del Diablo*, *Checo*, etc., dan irrecusables testimonios de esta verdad. Y la llamo verdad, porque no quiero despreciar tan antiquísima tradicion, y porque sería un descortes decirlo á millares de hombres que mienten.

Sucele, de tarde en tarde, que uno de estos genios quiere hacer la felicidad de un leñador, y al arrancar en los desiertos los troncos que han de cargar sus borricos, le descubre una veta que mas que de metales es de oro ó plata macisa. Es verdad que casi nunca se cumplen las buenas intenciones del genio, puesto que las mas veces el que hizo el hallazgo se queda acarreado leña para que funda otro la piña que el buitre, zorro ó huanaco habia querido regalarle. Pero esto no arguye nada contra la primera proposicion, y sólo prueba aquel axioma: *el que nació para pobre nunca llegará á ser rico.*

En otras ocasiones, un pastor, que ha salido á buscar una cabra perdida, recorre de madrugada los peñascos, las quebradas y los barrancos; en estas andanzas clábase el pié con una espina, y el dolor le hace sentarse para arrancarla. Maldiciendo está este instrumento de su infame suerte, cuando ve pasar cerca de sí un zorro rojizo, de cola erizada y lomo cerdoso: ¡él es el asesino de la cabra! Se levanta, corre tras el voraz bruto, llama á su perro *Corbata*, que no parece, y en medio de su despecho coje una piedra con la sana intencion de romperle las costillas al carnicero zorro...La sorpresa contiene su ira...la piedra que tiene en la mano es muy pesada...la examina y encuentra que es ¡¡un rodado!! ¡¡Plata pura!! Á poco registrar el cerro descubre el *reventon* de donde se despegó el rodado. ¡Cien burros no bastarian á cargar el metal riquísimo que hay *al sol!* Pero el pastor anda á pié y sólo puede llevar consigo dos pequeños pedazos, cuyo valor es de treinta marcos por lo ménos. No le cabe duda de que el zorro rojizo es el dueño de aquella pasmosa riqueza; teme sí, que por un capricho, que sabe ser muy comun entre los genios ó brujos, segun él los llama, desaparezca el tesoro, y á fin de marcar el lugar en que se encuentra, de un modo perfectamente inequívoco, forma un gran monton de piedras; cuelga la manta en un algarrobo vecino; toma muchas señales y calculadas

dimensiones, y por último, el perro que se le acaba de reunir, queda también amarrado al tronco de una *algarroilla*, devorando un pan grosero que su amo le deja, mientras vuelve á libertarle. Al retirarse todavía marca de trecho en trecho varios puntos, y procura pisar donde quede señalada la huella para que le quien despues sus rastros.

Poco tarda en llegar á la *majada*, conocida con el nombre de *Agua-verde*, negra ó amarilla, poco importa; llama secretamente á su padre, luego á sus dos hermanos mayores y en seguida á la madre. Empieza la relacion desde su salida antes de amanecer, y sigue contando punto por punto y paso por paso lo que anduvo, lo que hizo, lo que vió y le sucedió; y todos callan, dominados por un estúpido terror, como si escuchasen el asesinato de un minero conocido, teniendo que ocultar á su asesino. Pasados estos inexplicables momentos, ya es otra cosa. El padre toma sus medidas; hace aparejar cuatro borricos, y diciendo al resto de la familia que *van á la leña*, parte con sus tres hijos, caballero cada cual en su respectivo asno. Alonda el pastor su cabalgadura para tomar la delantera, síguese el viejo, despues vienen los otros dos muchachos y cierra la marcha un escuadron de perros esquelitados y de todos tamaños y colores. El guia empieza ya á reconocer los lugares señalados: aquí vienen sus rastros; la piedra blanca que se divisó al frente la paró al propósito; se está viendo la manta azul que enredó en el algarrobo, y vuela el escuadron de perros al oír los ladridos del *Corbata*. Ya están á pocas cuerdas...ya llegan...

Pero ¿qué se ha hecho el *reventon*...?—; Aquí está...!—; El pastor recoge la piedra con que golpeó para quebrar los dos pedruzos...! Buscan por todas partes, vuelven y revuelven; todo en vano. La riqueza no parece... la han escondido...! Una bandada de buitres, negros como el ébano, revolotea sobre sus cabezas, y esta aparición obliga á que dejen aquel sitio hombres, perros y borricos. ¿Quién no ha visto despues las piedras del *reventon del zorro*? ¿Qué leñador no conoce la *Quebrada de los buitres*?

Cien historias como ésta se narran en las noches de invierno al rededor de los fuegos de las *fuenas*. Casi no hay coleccion mineralógica que no contenga un *robadó* ó una piedra rica cuya mina original no ha podido descubrirse, ó

ha desaparecido despues de hallada, por la influencia de causas que confunden, siempre que la razon se mete á investigarlas. ¡Cómo contestar á tantos hechos, cómo recusar tantos y tan respetables testigos con sólo la palabra *preocupaciones*!

¡Feliz romanticismo! Para la imaginacion que tú has criado, esa palabra no importa un raciocinio. Para ella es verdadero lo que pasma y lo que asombra, sin experimentar la insípida necesidad de entenderlo. Tus hijos han dilatado el mundo y la existencia hasta lo infinito, y no viven estrechados por más límites que los de las maravillosas é inmensas concepciones del genio. Á ellos dedico la siguiente historia que siquiera tiene la recomendacion de no ser muy larga.

Á mediados del siglo pasado, en una aldea situada á dos millas al sud-este de Copiapó, llamada *Pueblo de indios*, porque en realidad lo son sus moradores, había una familia de estos indígenas bastante pobre; pero que repentinamente empezó á prosperar, sin que nadie supiese cómo, por ser para todos un misterio. Buena ropa, buenos caballos, ricos arneses repetidas borracheras y comilonas, á que asistía el vecindario, habían sucedido al cotton que los cubría, y á la harina de cebada, alimento cotidiano y regalado de su apetito. Cuatro eran los hombres de la familia, y el nombre de un de ellos *Campillai*. Este, hallándose una noche de visita en Copiapó, en casa de un amigo suyo, despues de echar con él repetidos tragos de aguardiente, inspirado por la generosidad y franqueza que despiertan los licores, díjole que iba á hacerle rico descubriéndole un secreto.

Adelantando algo mas su confianza, le contó que él y sus tres hermanos trabajaban clandestinamente una mina á legua y media de Copiapó, de la que exploraban metales tan ricos que en el Huasco, donde los vendían, se pagaban por poco ménos que la plata piña. Pero que los cuatro indios, para no despertar la codicia de los ricos de Copiapó, se habían comprometido á guardar el secreto de tal suerte que su revelacion costaría la vida á quien la hiciese; circunstancia por la cual debía él empeñarse mas en guardarlo. Añadióle que debían este hallazgo á una vieja, muerta poco tiempo ha en el *Pueblo de Indios* en olores de hechicera, á la que le hicieron el juramento de no participar con

ningun blanco aquella inmensa riqueza. En seguida le invitó á que montase en ancas de su caballo para ir á conocerla, y sacar los metales que pudiera contener un par de alforjas que llevaban con este fin.

Partieron favorecidos por la oscuridad de la noche, y despues de un largo galope llegaron al pié de un cerro que se designa hoy con el nombre de *los Candeleros*. Dejando allí atado el caballo, *Campillai* y su amigo subieron por una senda estrecha hasta la cumbre. El primero dijo á este que ya estaban en el sitio; que hallándose sus hermanos en el Huasco no había temor de ser pillados, y que no se asustara de lo que viese. Tomóle entónces por la mano y le introdujo en una excavacion; pero casi hubo de caer muerto al notar que aquel hoyo era la cueva en que dormía un enorme pájaro que, interrumpido en su sueño, desplegó las alas y salió dando horribles graznidos. *Campillai*, sin intimidarse, puso dos grandes y ricas piedras en las alforjas, y alentando á su amigo tornaron á salir y hajar hasta encontrar el caballo que los volvió á conducir al puesto de donde habian partido.

La tradicion no está muy de acuerdo en el relato de las circunstancias y acontecimientos consiguientes á este suceso; pero he sacado en limpio, despues de mucho averiguar, que el generoso *Campillai* fué poco despues asesinado por sus hermanos; que la justicia les persiguió y ellos no volvieron á aparecer; que la mina fué sin duda trasportada á otro lugar por el pájaro que la cuidaba, pues ni el amigo del indio ni ninguno de los infinitos que la buscaron en esa época pudieron dar con ella, y que el nombre de *Mina de los Candeleros* tiene el siguiente origen. Al año, poco mas ó ménos, del asesinato del indio, se presentó de noche otro indígena desconocido al cura párroco de Copiapó, advirtiéndole que en la iglesia encontraría un capacho de piedras de plata, las cuales se le daban por una misa para el bien del alma del finado *Campillai*; dicho lo cual, desapareció. En esa misma noche se encontraron las piedras, y el piadoso cura mandó la plata á Lima para fabricar un par de enormes candeleros, los cuales aun existen en el altar mayor de la parroquia, y diariamente alumbran la celebracion de los Divinos Misterios.

J. JOAQUIN VALLEJO.

Fantasia.

A mi amigo el jóven pintor, G. Mendikharzu.

Yo he visto rodar la flor
Por el viento arrebatada,
Ántes que la luz rosada
De la naciente alborada
La bañase en su fulgor.

Yo he visto la alondra un día
Entre la nieve espirar,
Cuando llena de alegría
Dajando oír su cantar
Del blando nido salía.

Yo he visto la jóven pura
En un abismo caer,
Donde toda su ternura,
Su inocencia y su hermosura
Solía al mundo vender.

Entónces el pecho mio
Lleno de dudas tembló,
Como las aguas de un rio
Que agita el cierzo sombrío
Que de polvo las cubrió.

Mas, al rayo de la luna
Tambien una madre ví
Meer de su hijo la cuna,
Y contar una por una
Sus esperanzas las oi

Y despues su labio ardiente
Dichosa la ví posar
Del tierno niño en la frente,
Y sonriendo dulcemente
Su semblante contemplar.

Y él, ángel de la caricia,
Bello y puro como el bien,
En esa hora propicia,
Á la madre con delicia
Miraba riendo tambier.

Entónces se disiparon
Las nieblas de mi dolor,
Y, fantástico vapor,
Todas mis dudas pasaron
Ante ese cuadro de amor!

D. D. MARFINTO.

La Hermana de la Caridad.

(Conclusion.)

El rebaño entero había desaparecido; no quedaban más que los dos pastores que seguían andando y bendiciendo.

Por fin se cogieron de una mano y levantaron la otra al cielo.

Algunas balas los hirieron así, como para reunirlos en una misma muerte.

Luego solo se vieron en la superficie del río dos grandes sotanas negras, que desaparecieron arrebatadas por la corriente.

Hasta entonces habían proseguido los verdugos sus obra homicida, cantando, riendo, bailando, como salvajes hambrientos de carne humana.

Pero cuando ya no hubo ninguna víctima que exterminar, cuando el silencio de la muerte se cernió sobre el río, se detuvieron repentinamente callando como arrepentidos de lo que habían hecho, como avergonzados de la luz del sol.

Quizás creerían ver cómo subían al cielo las sombras de aquellos inocentes mártires.

Tal fué el relato de Genoveva.

Después, mirándome con tristeza:

—Amigo mío, me dijo, ahora comprenderás que no puedo casarme.

—Ahora no; pero dentro de algunos meses, dentro de un año...

—Jamás!

En vano quise protestar en nombre de nuestro amor.

Me interrumpió con un gesto suplicante, y continuó con una voz dolorosamente oprimida, pero firmemente resuelta:

—Es preciso que me escuches hasta el fin...

En mi familia siempre ha habido alguien que se ha consagrado á Dios. Mis hermanos han muerto y yo debo ocupar su lugar... Quiero entrar en un convento, quiero ser hermana de la caridad.

—Luego ya no me amas! exclamé; no me has amado nunca!...

—Sí, te amaba, te amo todavía y te amaré siempre, me contestó. Ya ves como sufro, como lloro al darte el último adiós. Estos sacrificios le agradan al Señor, y por eso oigo su

voz que me llama desde el cielo... Yo me perteneczo ya á los pobres, á los enfermos, á todos los desgraciados.

—También soy desgraciado yo, exclamé con el acento de la desesperación, y ni aun Dios te podrá separar de mi lado, porque te une á mi un sagrado juramento, cuyo cumplimiento espera desde su tumba tu difunto padre.

—Es cierto que te jure ser tu esposa... pero tú mismo me relevarás de ese compromiso. Me digas que es imposible... no me digas nada hoy... déjame sola... Hasta mañana... hasta mañana.

Yo me alejé jurando también no renunciar jamás á Genoveva.

Pero la infeliz languideció tanto y se quedó tan pálida, que me hizo temer por su salud; parecía que se iba á morir.

No se quejaba, sin embargo, ni me hablaba ya de aquella ardiente sed de sacrificio que la devoraba.

Solamente cuando hallábamos alguna hermana de la caridad, sus grandes ojos negros se reanimaban como por encanto y brillaban con un resplandor celeste.

Siempre que no estaba conmigo, corría hacia los pobres, hacia los enfermos, hacia los afligidos; á todos les daba ya el dulce nombre de hermanos.

Un día la encontré rodeada de pequesuelos; estaba enseñándoles á rezar.

Oh!... qué hermosa y conmovedora estaba así mi querida, mi sublime Genoveva!

Entonces me pregunté si verdaderamente tenía yo derecho para querer para mí solo tantas virtudes, tantas generosas inspiraciones!

Decir todos los combates que sostuvo, todo lo que sufrí, sería de todo punto imposible.

Hasta Dios parecía que se declaraba contra mí; Dios quizá estaba celoso.

Una noche nos paseábamos Genoveva y yo por la orilla del mar, y sin darnos cuenta del camino que llevábamos, nos alejamos bastante de nuestras casas.

Entonces conocí que mi compañera estaba fatigada, y la hice sentar en una roca.

A nuestro pié teníamos el Océano, cuya rugiente voz se perdía en la inmensidad del espacio.

Sobre nuestras cabezas un cielo resplandeciente de estrellas.

En el campo, y en medio de una perspectiva azulada por la luna, un campanario.

Era el campanario de un convento...de un convento de monjas.

De repente el toque del Ave-María interrumpió el profundo silencio de la noche.

Una fuerza irresistible me hizo doblar la cabeza; durante algunos minutos reflexioné profundamente.

Cuando miré á Genoveva, su rostro me pareció blanco como una mortaja. Tenía la vista fija en el campanario, y un torrente de lágrimas inundaba su rostro.

Le cogí la mano...y aquella mano abrasaba. —Genoveva! exclamé; tienes fiebre?

—Sí, me respondió, la fiebre de la caridad. Y sonreía...con la sonrisa de un ángel aspirante al cielo.

—Tú lo quieres! exclamé con entrecortados sollozos...cúmplase tu voluntad!...

Con que al fin consentes me preguntó Genoveva, dirigiéndome al mismo tiempo una ardiente mirada.

La campana tocó de nuevo como para llamarla hacia el monasterio.

—Vete...vete...eres libre! murmuré, cayendo de rodillas y ocultándome el rostro con las manos.

Entonces sentí en mis cabellos un furtivo beso...y oí unos pasos que se alejaban hácia el convento.

En vano quise levantarme, en vano quise correr en busca de Genoveva...una mano de hierro me tenía sujeto al suelo.

Ignoro cuanto tiempo permanecí en aquel estado.

Todo lo que sé es, que cuando recobré el sentido, cuando quise alcanzar á Genoveva...era demasiado tarde.

Ya se habían cerrado tras ella las puertas del convento.

Al día siguiente rehusaron abrírmelas, y lo mismo me sucedió siempre que quise verla.

Derramando mares de lágrimas, corrí como un loco por el campo hasta que la fuerzas me abandonaron, hasta que caí moribundo al borde de un precipicio.

Después padecí una larga y terrible enfermedad.

Cuando me restablecí, cuando recobré la me-

moría, mi amor vivía todavía en el fondo de mi alma; pero estaba vencido, resignado.

Solo un deseo me quedaba...el de volver á ver por última vez á la que había perdido para siempre.

Un buen anciano, un sacerdote que me había asistido y consolado, me dijo con solícita ternura:

—Cuando os halleis bastante fuerte para reuniros con vuestro regimiento, yo mismo os llevaré á su lado.

Oh! mi convalecencia duró muy poco con aquella esperanza. Bien pronto me hallé dispuesto para partir.

El buen sacerdote me cumplió su palabra...la volví á ver.

—Perdon! me dijo adivinando en mi palidez todo lo que había sufrido...tengamos confianza en Dios...J Dios es bueno y reúne en el cielo á los que separa en la tierra. Valor, hermano...paciencia y valor.

Desde aquel día Genoveva y yo no nos hemos vuelto á ver.

Pero muy á menudo, durante las largas noches de invierno, me he dicho mirando al cielo para donde ella me citó:

—Si alguna vez nos encontramos frente á frente, esta será la señal de que la hora de la cita va á sonar.

Este extraño presentimiento ha llegado á ser para mí casi una esperanza.

Juzga, pues, de mi emoción, de mi alegría. Esa mujer que acaba de pasar...Sor Teresa... pues bien! es Genoveva!

El capitán Kerkadec dejó de hablar, pero conservó la misma actitud inmóvil y pensativa.

Respetando este doloroso silencio, el otro oficial fijó sus miradas en el horizonte.

Un resplandor rojizo apareció en el Oriente. Algunos clarines, como despertados por la luz del alba, saludaron con sus voces metálicas al astro del nuevo día.

Era la señal de batalla.

Los dos capitanes se unieron á sus respectivas compañías, pero no sin haberse estrechado las manos por la última vez, no sin haberse dicho mutuamente:

—Buena suerte, amigo mío.

Para el Breton, la buena suerte era la muerte.

La muerte con Genoveva.

Tenia como un presentimiento, como una esperanza de que así sucedería.

Desde los primeros momentos del combate, cayó mortalmente herido.

Una hermana de la caridad, conducida por una casualidad providencial, acudió á socorrerle. Era Sor Teresa. Era Genoveva.

Kerkadec ya no podía hablar. Pero la reconoció, y aun tuvo fuerzas para llevarse una mano al corazón, al mismo tiempo que con la otra le enseñaba el cielo.

Sor Teresa comprendió aquel mudo adiós.

También ella había reconocido á su desposado; también ella abrigaba en el fondo de su corazón una aspiración igual.

—Sí, respondió con imperceptible y dolorosa voz; sí...bien pronto nos uniremos, bien pronto...

No pudo acabar. Una bala, hiriéndole en medio del pecho, la derribó exánime al lado de su moribundo amante.

Sus almas volaron al mismo tiempo á la región de los justos.

Dios las uniría en el cielo, ya que la fatalidad no quiso que se unieran en la tierra.

De un libro.

Hay muchos amores que nacen del ódio.

El bien y el mal estuvieron siempre en lucha y siempre quisieron vivir juntos.

Es un gozo extraordinario estrechar entre los brazos á la mujer que se odiaba el día anterior. Las disputas caseras son á menudo disputas de amor disfrazado.

El amor y el odio confundido se llaman voluptuosidad.

El amor no tiene mas que un enemigo formal, el ridículo. Cuando el amor sobrevive al ridículo es que es sublime, como la poesía que sobrevive á la tragedia.

La armonía nace de las oposiciones y de los contrastes. No se puede hacer un acorde con una sola nota, ni un cuadro con un solo color. La fuerza busca la gracia. El espíritu descansa en el sentimiento.

El ingenio odia al amor; el amor odia al ingenio.

El triunfo del amor está en elevarse desdeñoso sobre toda clase de orgullos y en considerarse mas rico que el mismo Rothschild. El amor acuña dinero como un rey y trueca el agua en vino como un Dios.

El pudor es sublime, porque es la naturaleza que se defiende. La gazaría es odiosa, porque no es mas que una careta. Bajo el pudor hay una mujer; bajo la gazaría no hay mas que una estúpida.

Para averiguar la edad de la mujer, hay que preguntárselo, y preguntarlo á su amiga. Ella dirá treinta años, por ejemplo; la amiga dirá cuarenta; tómese el término medio.

En el Olimpo, el Dios del pensamiento es un hombre; pero ¿qué hace este Apolo sin las nueve musas? Las mujeres son las musas de las pasiones.

La mujer es la última palabra de la creación. Dios dió forma á los mundos, despues al mastodonte, despues al águila, despues al leon, despues al hombre y acabó por crear á la mujer. Entónces fué cuando desoansó para contemplar su obra.

Lo que vale el hombre vale la mujer; lo que vale la mujer vale el amor; lo que vale la vida vale la muerte.

No hay sabio alguno á quien una mujer no pueda decir con razon: "Yo soy la ciencia."

El amor, en el corazón de la mujer, es el diamante en el carbon. En él se halla el fuego, la muerte y la luz.

La vida da una mano al amor, la otra mano á la muerte, y está formado el círculo fatal.

Nadie llega al corazón de las mujeres hablando de sí mismo, sino hablando de ellas. Una mujer se complace siempre en lo que dice, y nunca en lo que se le dice, á no ser que le hablen de ellas.

El ideal es la mujer vista en lontananza á través de los azulados vapores del alba ó en la dorada luz del ocaso.—Es la verdad que es

aleja del pozo, echándose a la espalda la on-deante banda de la mentira.

El libro mas difícil de escribir es el de nuestra vida, sobre todo si queremos firmarlo.

Para la mujer, el libro de la vida no es bueno mas que cuando no lleva firma.

La felicidad nos aguarda en algun sitio, con la condicion de que nunca iremos á buscarla; es un castillo en el aire.

Para estudiar á las mujeres, tratadlas con frecuencia. Para estudiar á los hombres, tratad con frecuencia á las mujeres.

Las mujeres nunca abrigan mas que las quimeras del porvenir ó los fantasmas del pasado. La vida era ó será, no es; ayer mañana y no hoy.

Los astrólogos y los filósofos debieran haber dicho: para los enamorados la tierra gira en el cielo, para los demás gira en el vacío.

Fausto buscó la ciencia y encontró á Margarita arrodillada en el templo.

ARSENIO HOUSSAYE.

REVISTA GENERAL

SUMARIO—Un libro de historia—Exámenes de música—Funcion de Caridad—Una carta—Beneficio—Un libro—Mes de Maria—Fiesta musical—Mazurka—Concierto.

Nos dicen que el General Mitre se ocupa actualmente en escribir un libro histórico, el que será sin duda una de las mas interesantes entre las obras americanas.

Versa dicho trabajo sobre el antiguo y tan celebrado drama quichúa *Ollanta* ú *Ollanty*, que como es sabido en distintas ocasiones ha provocado la discusion de aclarar si es ó no quichúa ó si ha sido escrito en español.

Aseguran que el ilustrado General posee gran acopio de pruebas con las que demostrará que fué obra de los conquistadores y de ningun modo de la literatura quichúa primitiva.

En los primeros dias de Diciembre darán principio los exámenes de la Escuela de Música de la Provincia.

Los premios se efectuarán á mediados del mismo mes.

El próximo Mártes tiene lugar en el Coliseo el concierto que á beneficio de las *Damas de Misericordia* debió efectuarse en la pasada semana.

Avisamos á la Sta. Matilde Elena Wuili que en esta Direccion existe una carta en contestacion á la que ella nos dirigió.

Lo mismo decimos á nuestro colaborador *Neuter*.

Hoy domingo, hay en teatro de la Alegria una funcion lirica-dramática á beneficio del artista José M. Talenz que fué apuntador de la compañía de Córtes.

Entre las piezas que subirán á la escena se encuentran dos zarzuelas en las que desempeñará los principales papeles la siempre aplaudida Matilde Macias de Córtes.

Como novedad se rifarán varios objetos y entre ellos un magnifico reloj de oro, para cuyo objeto cada entrada tendrá su número correspondiente.

El estudiante de Medicina D. José M. Ramos Mejia dará á la publicidad en estos dias el primer tomo de un libro titulado "Patologia moral de nuestros hombres."

La introduccion que preecede al libro es escrita por el Dr D. Vicente Fidel Lopez.

En la capilla del Salvador, en Balvanera, en San Juan y varias otros iglesias, darán principio el 7 del presente mes las fiestas del *Mes de Maria*.

La noche 10 corriente se llevara á efecto en el teatro de la Ópera una fiesta musical, cuyo producto se destina á aumentar los fondos que se recolectan para la ericcion de la estátua al general Lavalle.

El maestro pianista argentino Juan F. Espinosa ha compuesto una bonita mazurka con el simpático nombre de *Cantos de amor*.

En los primeros dias de la semana próxima el violinista Sr. Gaito, profesor de la Sociedad del Cuarteto dará una fiesta á su beneficio.

El programa es variadísimo.